

Montes, Hugo, OBRA POÉTICA. Mar del Sur, Santiago, 1981 (151 ps.).

A Hugo Montes, profesor, académico, rector, no le molesta ser poeta. Parece todo lo contrario, esas condiciones dependen y se supeditan a su creación poética. En su espectro lírico van huyendo sus quehaceres concretos, inmediatos, acuciantes, para quedar depositados en un ámbito de especial espiritualidad. En las palabras de Hugo Montes, el mundo no desaparece, se hace sutil, efímero, religioso.

Es importante que en su libro antológico y en la duración de su poesía, acoja una casi doble cita de San Juan de la Cruz, por su eco en el Cántico de Jorge Guillén. Marca la fuente de admiración y el índice de su espíritu en poesía. La de Hugo Montes, con matices, mantiene esa ascendencia que renueva lo tocado, lo visto, lo vivido y lo sufrido, sin duda.

Parece interesante observar que su poesía se sitúa en lugares de especial transparencia y diafanidad. Montes, desde el punto de vista poético, es un campesino del alba y de la esperanza. Por ello, el encuentro con la poesía española, que conoce muy bien, es el simple flujo de esa poesía religiosa y, por eso, esencialmente amorosa.

Al repasar la lírica de Hugo Montes se advierte su tendencia a huir de la ciudad y con ello, intuitivamente, a recrear un *locus amoenus* o espacios que emergen, que no se detienen desde el alba hacia la tarde, desde el oriente hacia el ocaso, desde el alma tocando apenas el cuerpo.

Al revisar, en la insistencia, los espacios de su poesía, los simplemente percibidos o los simplemente amados, hay un toque de idealidad que quita al almacén, a la puerta, el fleco que corta, el perfil que concreta y determina, que deja el amor flotar y darle contorno al mundo. Es claro, un mundo de nimbo, de salvación y de esperanza. No es, sin embargo, una concepción ingenua, entregada y asumida lejos de estos tiempos.

Deseríamos abundar en estos términos a propósito del primer poema del libro, que se continúa con matices en una OBRA POÉTICA coherente. Se trata de EN VEZ DEL DÍA, cuya primera parte se titula EL ALBA.

“La forma desciende lentamente
a los objetos, mientras afuera las aves
organizan el día con cautela.
La luz desbaratada no encuentra su estatura
y en el silencio frío de la hora,
como en un cuarto deslastrado, se amontonan
remotas palabras no importantes.
Después serán la brisa y la campana,
el exacto perfil de cada cosa,
el álamo después que no da sombra,
el río en paz y un ligero
cansancio insobornable. ¿Recuerdas
hermana lo que digo? ¿Recuerdas

el temor que en el jardín nos aguardaba?
 Pero hablaba de la forma y
 del color que establece la distincia.
 Eran palabras positivas,
 casi dulce
 una suave avenida de palabras
 —pájaros y estrellas—, el comienzo
 tan simple antes del día.
 No se explica el ligero pesar que puse en ellas”.

Como se aprecia, el título propone que hay un día antes del día o que es más que el día y que luego, en el poema concreto, se trata del alba.

Estas paradojas proponen al lector una línea de interpretación que aquí se inclina en favor no de la descripción, sino del símbolo. El alba es el principio puro e ingenuo, original, que se confunde con una idea o imagen divina que da voluntad y creación del mundo. La elusión marca el respeto del hablante, respeto numinoso, que impide captar de inmediato la esencia total y absoluta de Dios y que explica la restricción de la última estrofa y la vuelta de la coda final.

Vemos así que la forma, más bien lo formante, da un principio de individuación a la multiplicidad de la realidad. Adviértase la idea matutina de las aves y, a su vez, la organicidad musical, halo pitagórico de las aves que se avienen a ese principio.

Es la luz que se expande, pero sin organización del día completo y del sol que llenará poco a poco el mundo. Aún las palabras no son importantes. Más adelante las palabras ya serán positivas. El mundo y la palabra van en concordia permanente. Con ello Hugo Montes formula una estética de la poesía que nos parece dinámica, no absolutamente temporal sino temporalizadora. Dios se manifiesta en la palabra y por cierto en la palabra poética que lo busca y trata de descubrirlo. Las palabras no tienen, como el barco, imagen muy difumada en *deslastrado*, un orden que repiten imaginativamente la de las aves que organizan.

La temporalidad de la creación serán la brisa y la campana, en una curiosa concreción. No es la mano la que tira del cordel y mueve las campanas. Es algo más etéreo y de sutil aparición. Cirlot afirma en su *Diccionario de Símbolos Tradicionales* —Ed. Espasa Calpe, Barcelona, 1981—, que uno de los factores del aire es el hálito vital, creador y, en consecuencia, la palabra, y con ello, el contorno exacto de cada cosa en que se repite esa asignación que recupera las cosas, cada cosa, como el poema dice.

El poeta cambia una imagen asociada a Antonio Machado sobre los chopos y también la interrogación que sigue. Creí, en principio, en un error tipográfico en el verso que dice: “el álamo que no da sombra”. Dado el carácter del poema, doble en su contextura religiosa y personal, podría haber sido *el álamo que nos da sombra*. Inclinados a la interpretación religiosa, la imagen podría consistir en el ser que no produce sombra, que está en la altura total, en el cénit. Viene después el río de la vida que aquí se inter-

preta como paz y con la gota que cae después: "ligero cansancio insobornable". El "recuerdas" que sigue, pone en esa alusión de rotundidad del ámbito divino, una nota que le presta su carácter preciso. ¿El jardín que nos aguarda puede transformarse en duda? El modo del poema adquiere su estabilidad estructural. Existe una vacilación reiterada en la existencia sobre la divinidad, pero como el poema lo dice, en favor de la divinidad.

El poema recupera su carácter totalizador: los pájaros y las estrellas en unidad total. En esta imagen hay además la vibración del vuelo del pájaro y el titilar de las estrellas, entre el ser del día y de la noche, de ahí el arrepentimiento del poeta:

"No se explica el ligero pesar que puse en ellas".

No hablemos de la maestría de Hugo Montes por el soneto. Quedémonos con la apertura continua de su poesía, desde el principio, a una vuelta original a la existencia.

Eladio García

Departamento de Literatura
Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación